

Francisco Navarro Villoslada. Político, periodista, literato¹

CARLOS MATA INDURÁIN

1. CENTENARIO DE UN ESCRITOR OLVIDADO

A lo largo del año 1995 hemos venido celebrando el Centenario de Navarro Villoslada, escritor nacido y muerto en la ciudad de Viana (Navarra). Fue D. Francisco una figura muy importante dentro del siglo XIX español, en su calidad de político (tres veces diputado, una más senador y secretario personal de D. Carlos de Borbón), de periodista (colaborador, redactor, fundador y director de varias y destacadas publicaciones periódicas de su época) y literato (no solo novelista histórico, sino también poeta, dramaturgo, cuentista, autor de relatos costumbristas, etc.). Sin embargo una serie de razones han motivado que el ilustre vianés sea mucho menos conocido de lo que debiera, razones unas de tipo literario (la tardía aparición de su obra maestra, *Amaya*, cuando triunfaba el Realismo y la novela histórica romántica era ya moda pasada), las otras de signo político (la adscripción ideológica del autor, destacado adalid de la causa de la Iglesia católica y de las ideas tradicionalistas en el campo carlista, con el consiguiente olvido y desdén de la crítica del bando contrario, que le hizo el vacío).

En cualquier caso, fue Navarro Villoslada un personaje polifacético, al que trataré de acercarme aquí con un somero examen de su biografía, su etopeya, su contexto literario y su producción literaria. Además, el repaso de los principales hitos de su vida servirá para conocer los detalles más significati-

1. Este texto fue leído el día 14 de diciembre de 1995 en el Salón del Casino Principal, de Pamplona, en el marco de las conferencias organizadas por el Ateneo Navarro/Nafar Ateneoa durante el *Congreso Internacional sobre la Novela Histórica (Homenaje a Navarro Villoslada en su Centenario)*. Todo los puntos que aquí trato se hallarán desarrollados por extenso en mi libro *Francisco Navarro Villoslada (1818-1895) y sus novelas históricas*, Pamplona, Gobierno de Navarra (Institución «Príncipe de Viana»- Dpto. de Educación, Cultura, Deporte y Juventud), 1995.

vos de su actividad en la política y el periodismo, aspectos estos muchas veces inseparables.

2. DATOS BIOGRÁFICOS DE NAVARRO VILLOSLADA

Fue la suya una vida muy novelesca, llena de lances y anécdotas. Nació el 9 de octubre de 1818, en Viana, y se le puso ese nombre de pila por la cercanía de la festividad de San Francisco de Borja, siendo su apellido compuesto: se llamaba Francisco Navarro Villoslada y Navarro Villoslada (sus padres eran primos). Pertenecía a una familia acomodada, dueña de algunas tierras –aunque no entraba en la categoría de los grandes terratenientes– y que disfrutaba de las rentas de varias capellanías. Aunque de ideas políticas algo liberales (eran partidarios de la reina niña Isabel), sus padres se caracterizaban por sus hondas creencias religiosas. El joven Paquito –como cariñosamente le denominaban– fue monaguillo de Santa María de Cuevas. Su ciudad natal es el escenario de sus primeros estudios, de sus primeras lecturas y de sus primeros escritos. Se conserva el recuerdo de algunas travesuras infantiles, como el destrozo de unos viejos pergaminos para fabricar unas cometas, o sus paseos por los aleros en ruínas de la iglesia de San Pedro. Cabe destacar el influjo de Viana (ciudad que conserva su encanto medieval en las murallas, los grandes portalones con sus hornacinas, los palacios y casas señoriales con sus escudos nobiliarios, la iglesia-fortaleza de Santa María...) en la imaginación del inquieto Villoslada: allí pudo entrar en contacto por vez primera con el recuerdo de heroicos tiempos pasados, con el sabor de lo histórico-arqueológico.

Los años de 1829 a 1836 son años de estudios en Santiago de Compostela –asiste a clases de Filosofía y Teología en la Universidad–, donde vive con sus dos tíos canónigos de la catedral. Es ordenado de menores y recibe con ellos una educación severa: se conserva una carta de 1832 en la que afirma que durante esos carnavales toda la diversión ha consistido en ir «del sermón a casa y de casa al sermón». Allí emborriona algunas cuartillas con sus primeras poesías y redacta una revista manuscrita con su amigo Félix Erenchun: *La Mariposa*, luego titulada *Estudios y Ociosidades*. Realiza una excursión a las ruinas del castillo de Altamira, durante la cual toma notas que luego le servirán para la descripción del paisaje en *Doña Urraca de Castilla*.

Sin embargo, el recrudecimiento de la guerra civil (la primera carlista) le obliga a volver a Viana. Como su padre y su tío, será miembro de la Milicia Nacional. En 1835 ha muerto su tío Nazario en una emboscada de los carlistas, suceso luctuoso que el aprendiz de escritor recuerda en un «romance fúnebre». Desde entonces queda marcado por la guerra civil, que se convertirá en tema obsesivo de sus escritos. Compone ahora otra revista, el *Semanario de Erudición, Literatura y Bellas Artes*, esta vez en solitario, escribe borradores de algunas obras dramáticas, más versos y, en 1837, *Luchana*, poema extenso de tono épico publicado unos años más tarde. En 1839 es alumno de telégrafos en Logroño. Al firmarse la paz con el histórico Abrazo de Vergara, improvisa unas composiciones en elogio de Espartero, vencedor de los carlistas.

Entonces, en 1840, marcha a Madrid para seguir estudiando: cursa cuatro años de Leyes, la carrera por excelencia en su época. Además, hay que

tener en cuenta que el escritor del XIX que desease triunfar, a la fuerza tenía que trasladarse a Madrid, pues era imposible darse a conocer en provincias, y Navarro Villoslada ya había dado numerosas muestras de su inquietudes literarias. Llega a la capital tras un incómodo viaje en galera, rememorado luego humorísticamente en *Historia de muchos Pepes*. La hacienda familiar ha quedado mermada por la guerra, así que decide trabajar para costearse sus estudios: colabora en periódicos como *El Correo Nacional* o el *Semanario Pintoresco Español* y extracta para la *Gaceta* las sesiones del Congreso. Pasa doce horas en las distintas redacciones y luego, en casa, todavía ha de robar horas al sueño para dedicarse a sus proyectos literarios. No resulta extraño que su salud comience a resentirse. Poco a poco va destacando en el mundillo madrileño: es nombrado miembro del Liceo Artístico y Literario en 1841 y se convierte en un crítico literario prestigioso: autores como Hartzenbusch o Bretón de los Herreros le envían entradas para que asista a los estrenos y reseñe sus obras. Conoce a los grandes escritores del Romanticismo: Rivas, Zorrilla, Espronceda; de hecho, a la muerte de éste en 1842 lee en el Liceo un poema dedicado a su memoria.

Ese mismo año funda *El Arpa del Creyente*, revista religiosa y literaria. Dos años después, estrena dos comedias, *Los encantos de la voz* y *La prensa libre*. En 1846 es director simultáneamente de cuatro prestigiosas publicaciones: el *Semanario Pintoresco Español*, *El Siglo Pintoresco*, *El Español* y su *Revista Literaria*, circunstancia que aprovecha para ir dando salida en sus folletines a sus obras literarias: *El Ante-Cristo*; *La Princesa de Viana* y *Quince días de reinado* (luego *Doña Blanca de Navarra*); *El caballero sin nombre* y *El amor de una reina* (anticipos de *Doña Urraca de Castilla*).

En 1846 conoce a una joven vitoriana, doña Teresa de Luna, y tras un breve noviazgo se casan al año siguiente. Tendrán dos hijas, Blanca y Petra. Dado el delicado estado de salud de su esposa, se trasladan a Vitoria para huir de la vida agitada en la Villa y Corte. Él tiene que hacer continuos viajes entre Madrid (donde le atan sus obligaciones) y Vitoria (donde permanece su familia). En 1850 obtiene un puesto fijo en la capital alavesa al ser nombrado secretario del Gobierno Civil –será también censor de los teatros–. De estas fechas, cabe destacar dos datos significativos para la posterior redacción de *Amaya*: por un lado, conoce a Chaho, creador del mito de Aitor; por otro, realiza un viaje a Goñi, para conocer sobre el terreno el que será escenario principal de su futura novela. Por esos años entabla amistad también con Pedro de Egaña, destacado fuerista alavés, con quien fundará el periódico *La España*.

En 1851 muere su esposa; tenía treinta y tres años al enviudar, pero no se volvió a casar. Un año después es nombrado por la reina Isabel II Caballero de la Orden de San Juan de Jerusalén. Para escapar de la soledad, retorna a la actividad periodística en Madrid (años 1853-1872). Entra como oficial de los terceros en el Ministerio de la Gobernación, pero al subir al poder Espartero en 1854 queda cesante. Ese verano atiende en Viana a los enfermos del cólera. Durante el bienio progresista, 1854-56, colaborará en *El Padre Cobos*, periódico satírico contra los gabinetes liberales presididos por su otrora admirado general. El año 1855 registra dos nuevos estrenos teatrales: *La dama del rey* y *Echarse en brazos de Dios*. Frecuenta las tertulias del Marqués de Molins. En 1856 vuelve a Gobernación y es ascendido sucesiva-

mente a oficial de los segundos y de los primeros. En 1857 es elegido diputado por Estella, por el partido moderado. Vuelve a quedar cesante en el ministerio, pero es nombrado director de la *Gaceta* y de la Administración de la Imprenta Nacional. Comisionado por el gobierno de Bermúdez de Castro para estudiar la imprenta en Francia y Austria, visita estos países entre 1857 y 1858, viaje del que resultan dos trabajos que quedaron inéditos: su *Itinerario de Madrid a Viena* y la *Historia de la Imprenta Nacional*.

Navarro Villoslada, que había iniciado su actividad política como moderado, comienza a destacar ahora en las filas de los denominados «neocatólicos». En este sentido, es fundamental su actividad en *El Pensamiento Español*, ya que entre 1860 y 1872 puso toda su alma y todo su corazón en este periódico, del que llegaría a ser director y único propietario. En 1865 y 1867, vuelve a ser elegido diputado, por Pamplona. Nocedal, jefe de la minoría ultramoderada en el Parlamento, quiere absorber su periódico y convertirlo en su portavoz, pero Villoslada se niega vehementemente, pues ha hecho en reiteradas ocasiones protestas de su total independencia: *El Pensamiento Español* no sigue las indicaciones de ningún hombre público ni de ningún partido político, y solo atenderá las posibles indicaciones que le puedan llegar desde la Santa Sede. Villoslada no se pliega ante las exigencias de don Cándido, y le responde con dignidad: «A mis hijas les faltará el pan, pero no la honra de su padre.»

El triunfo en 1868 de la Revolución de Septiembre supone el paso al carlismo. El ministro Ruiz Zorrilla quiere en 1869 incautar los bienes de la Iglesia. El de Viana publica la noticia en las columnas de su diario antes que lo haga la prensa oficial, lo que pone sobre aviso a los religiosos, y es encarcelado en la prisión del Saladero de Madrid. Permanece detenido cuarenta y cinco días, igual que su hermano Ciriaco, administrador de *El Pensamiento*. A la salida, decide exiliarse para evitar nuevas persecuciones. Comienzan así sus andanzas europeas con don Carlos, a cuyas órdenes se pone en París. Colabora con la labor de propaganda carlista con su folleto *La España y Carlos VII* y, sobre todo, con el artículo «El hombre que se necesita», que ganó a millares de partidarios para la Causa. En Ginebra, se convierte en secretario del pretendiente; pero el 25 de enero de 1870, estando en Viena, se rompe una pierna, razón por la que no se halla presente en la famosa Junta de Notables reunida en Vevey en abril de 1870. Pero don Carlos no se olvida de él, y lo nombra miembro de su Consejo Provisional y le concede un título nobiliario, el de Barón de Villoslada.

Internado en Francia, en abril de 1871 resulta elegido senador por Barcelona; la inmunidad parlamentaria le permite regresar a España sin riesgo. No obstante, se producen algunas disputas con el Duque de Madrid (por el comportamiento de Arjona y Nocedal) y en abril de 1872, al mismo tiempo que estalla la Segunda Guerra Carlista, decide retirarse de la política activa. Los que van de 1872 a 1885 son unos años oscuros, quizá porque el propio interesado quiso que así fuese. Se venía repitiendo mecánicamente que, por estas fechas, marcha a Viana, donde escribe *Amaya*, ganándose además el sobrenombre de «El solitario de Viana» por su carácter huraño que le hace relegar el trato con sus convecinos. En realidad, Navarro Villoslada se aparta de la actividad política, pero sigue viviendo en Madrid, si bien en los meses de verano viaja al Norte: descansa en alguna localidad de las Provincias

Vascongadas, inspecciona su hacienda en Viana y allá por septiembre u octubre regresa a la capital de España. Sí es cierto que entre 1877 y 1879 reanuda su interrumpida actividad literaria: da a la prensa varios artículos periodísticos, *Historia de muchos Pepes y Amaya*.

Todavía conocerá una breve vuelta a la actividad política: al morir en 1885 Cándido Nocedal, don Carlos lo llama de nuevo para que sea su representante en Madrid y ponga orden en la dividida prensa carlista. Sin embargo, en 1886 abandona el cargo, tanto por los ataques de que es objeto por parte de algunos de sus propios correligionarios (que le acusan de traidor) como por su mala salud. Se retira, ahora sí definitivamente, a la vida privada en Viana. Prepara sus últimas obras: la *Vida de San Alfonso María de Ligorio*, el *García Moreno* y el *Pedro Ramírez*, proyecto que quedó inacabado. En julio de 1894 publica en *Navarra Ilustrada* sus últimas líneas, contra el proyecto del ministro de Hacienda Gamazo de unificar las cargas fiscales de Navarra con las del resto del Estado. Murió el 29 de agosto de 1895. Como buen patriota que era, pocas horas antes de morir todavía pedía a sus hijas que le leyesen noticias de la situación en Cuba. A sus funerales asistió el Ayuntamiento de Viana en pleno. Después llegarían otros homenajes para honrar su memoria, en 1918 y 1968 –y ahora, en 1995–, con la dedicatoria de calles, la colocación de una placa en la fachada de su casa natal y la erección de un monumento en Pamplona.

3. LA PERSONALIDAD DE NAVARRO VILLOSLADA

Como ya quedó indicado, fue un personaje verdaderamente polifacético, que brilló en todos los campos en los que desarrolló su actividad: en la política, en el periodismo y en la literatura. Los tres aspectos unidos lo convierten en una figura de primerísimo orden en el panorama del siglo XIX español, aunque durante mucho tiempo haya permanecido en un injusto olvido.

Algunos retratos de su madurez que se conservan nos transmiten la imagen de un rostro de facciones duras: estamos ante un hombre muy serio, moreno de pelo y tez, de mirada torva y carácter –podemos adivinar– huraño y taciturno. Muy probablemente, los continuos sinsabores, amarguras y desengaños que padeció durante años en su lucha política y periodista motivaron que su carácter se agriara un tanto. Fue, en efecto, don Francisco una persona que sufrió mucho a lo largo de su vida: enviudó muy pronto; padecía continuamente del estómago; su estado de salud fue siempre delicado, por los excesos de trabajo, y todavía empeoró con la fractura de la pierna, etc. Estas circunstancias pueden disculpar –o, cuando menos, explicar– ese ceño adusto de su cara. En cualquier caso, fue un hombre bueno y caritativo, buen esposo y buen padre.

En cuanto a su retrato moral, se le suele aplicar a veces la etiqueta de católico «a machamartillo», que no resulta equivocada. Su pertinaz defensa de las ideas ultramoderadas, del Papa Pío IX y de los intereses de la Iglesia católica le valieron el sobrenombre de «el Louis Veuillot español». Es más, toda su evolución política (pasando por estas etapas: tibio liberalismo progresista-liberalismo moderado-neocatolicismo-carlismo) se explica por la defensa del catolicismo, que constituye la idea nuclear de su pensamiento. Como los

demás «neos», se consideraba «Católico antes que político. Político sólo para mejor defender los intereses católicos».

Las líneas centrales de su pensamiento se reflejan en todos sus escritos, en los que encontramos una serie de personajes que representan el bien y encarnan las virtudes cristianas (bondad, caridad, resignación, amor fraternal...). En sus obras triunfa siempre la justicia moral: los buenos son premiados y los malos reciben su justo castigo. Su escrupulosidad llegó hasta el extremo de incluir una cláusula octava en su testamento según la cual sometía a la censura de la Iglesia todos sus trabajos (publicados e inéditos), dando por no escritos aquellos en los que se pudiera encontrar la más mínima afirmación contraria a la moral o al dogma (cosa, por otra parte, harto improbable de que sucediese).

En fin, fue Navarro Villoslada una persona noble, honrada y modesta: aceptaba con resignación cristiana todas las calumnias e injurias –y fueron muchas– que sus rivales le lanzaban en las continuas polémicas que hubo de sostener con la prensa progresista. En todo momento rechazó los intentos de soborno que, como director de influyentes periódicos, recibía. Rechazó, asimismo, los honores, las condecoraciones, las recompensas y reconocimientos públicos, por ejemplo, el de entrar en la Real Academia Española. Trabajador infatigable, como demuestran los informes de sus jefes y superiores, gustaba de ir siempre con la verdad por delante. Convencido totalmente de lo acertado de su pensamiento, se mostró siempre intransigente en sus ideas, coherente con sus principios, sin ceder jamás un ápice ante sus adversarios ni renunciar a nada que, en la defensa de sus posturas, fuese para él fundamental.

4. CONTEXTO LITERARIO

En el conjunto de la literatura navarra, a Villoslada le corresponde el honor de ser nuestro primer novelista, cuando menos en el mero orden cronológico. Además, la redacción de *Amaya* le otorga un puesto destacado dentro de la literatura regional-fuerista (recordemos que, en reconocimiento a su sentimiento vascófilo fue nombrado miembro de honor de la Asociación Euskara de Navarra; y «Cantor de la raza vasca» es la leyenda que figura en la placa de su casa natal).

En el contexto de la literatura española, pertenece junto a Cánovas del Castillo, Amós de Escalante o Castelar a una segunda generación de la novela histórica romántica, cuya gran década va de 1834 (*El Doncel de don Enrique el Doliente*, de Larra, *Sancho Saldaña*, de Espronceda) hasta 1844 (*El señor de Bembibre*, de Gil y Carrasco). Sus dos primeras novelas aparecen a remolque de esa moda, en 1847 (*Doña Blanca*) y 1849 (*Doña Urraca*). Pero la que fue su obra más importante apareció muy tarde (en 1877 en el folletín de *La Ciencia Cristiana*, en 1879 en volumen), fuera de moda y de contexto, cuando Pérez Galdós estaba escribiendo ya sus *Episodios Nacionales*, que constituyen una forma más realista de entender la novelización de la historia. De ahí que *Amaya* sea, en acertada expresión de Jorge Campos, «una bella flor tardía».

Navarro Villoslada es un romántico rezagado (y entiéndase que romántico conservador) que cultiva una novela histórica seria y documentada (fren-

te a los entreguistas y folletinistas, encabezados por Fernández y González, verdaderos «fabricantes de novelas» que degradan y desprestigian el subgénero histórico). Los temas y paisajes navarros que incluye en sus novelas le convierten en un escritor regionalista, como sucede con López Soler y Cortada y Sala para Cataluña, con Estanislao de Cosca Vayo en Valencia o con el propio Gil y Carrasco con el entorno leonés del Bierzo.

5. CAUDAL LITERARIO

Navarro Villoslada es conocido (cuando lo es) sobre todo por sus tres novelas históricas, *Doña Blanca de Navarra*, *Doña Urraca de Castilla* y *Amaya o Los vascos en el siglo VIII*, y merced a ellas ocupa unas pocas líneas en los manuales de historia de la literatura española. Pero fue un autor que cultivó prácticamente todos los géneros literarios que se escribían en su época. Estas otras obras constituyen aspectos casi desconocidos de su producción literaria.

En efecto, publicó algunas novelas que no son históricas: *Las dos hermanas* apareció en el folletín de *El Español* en 1845. Se trata de una novela corta –la primera que redactó– cuyo protagonista es un emigrado español del año 1823, Rafael, del que se enamoran dos hermanas, Ana y Susana. Hay un malvado que, despedido al no ver correspondido su amor por una de ellas, la persigue implacablemente. Después de mil lances y peripecias, a cual más inverosímil, una de las dos hermanas muere, la otra ingresa en un convento. Villoslada indica en unos papeles autógrafos que esta novela debe ser reformada para reimprimirla; y, efectivamente, no es muy buena. *El Antecristo* salió también en el folletín de *El Español* y en 1845. Es igualmente novela folletinesca –es el momento en que triunfa Sue–, llena de episodios dramáticos, con la correspondiente presencia del malévolo anti-héroe (encarnado aquí por Ezequiel Widergott), y sin que falte el rapto de la protagonista, la aparición de personajes que son más de lo que representan, etc. Quedó inacabada por la quiebra del periódico. En fin, *Historia de muchos Pepes* vio la luz en el folletín de *El Fénix* en 1879 (en forma de libro, en 1911). Estamos ante una novela divertida que refleja con mucho acierto los ambientes periodísticos de Madrid hacia 1850, que el autor conocía a la perfección. El protagonista es un pícaro, caradura y sinvergüenza, que para triunfar en sociedad cambia su vulgar nombre de Pepe Gil por el más pomposo y aristocrático de don José Gil de San Juan de las Abadesas. Hombre sin ningún tipo de escrúpulos, Pepe Gil trata de medrar a costa de los demás; pero al final, como cabía esperar, recibe su justo y merecido escarmiento. Dos características peculiares de Navarro Villoslada destacan en esta novela: la abundancia de diálogos y los constantes rasgos de humor.

Una faceta importante es la de autor de relatos cortos. Por una parte, le pertenecen tres artículos costumbristas, «El canónigo», «El arriero» y, más cercano a nosotros, «La mujer de Navarra», donde estudia el carácter de sus paisanas de Montaña y Ribera. Aparte, tiene varias obras que están a medio camino entre el artículo de costumbres y el cuento, en las que a la descripción de un tipo peculiar se unen ya ciertos aspectos ficcionalizadores y el esbozo de una historia, un argumento mínimo; así, «Un hombre arruinado», «Hacer negocios» o «Un hombre público». Escribió además cuatro relatos que pueden ser calificados propiamente como cuentos: «Mi vecina»,

«Aventuras de un filarmónico», «El remedio del amor» y el divertido «La luna de enero», que satiriza los peligros de los excesos románticos. A todo ello hay que añadir dos leyendas históricas, ambas de tema navarro y situadas en el momento dramático de la conquista castellana (o sus preliminares): «La muerte de César Borja» y «El castillo de Marcilla».

Otra faceta oscurecida por la de novelista histórico es la de autor dramático. La afición al teatro le venía desde muy joven (se conservan varios borradores de los años 30 y 40: *El mariscal*, *La penitente*, *Los bandos de Navarra*). *La prensa libre*, de 1844, es comedia en verso de alto contenido ideológico que aboga por la independencia de los periódicos. Ese mismo año estrenó y publicó *Los encantos de la voz*, intrascendente comedia de enredo, con fáciles recursos de humor, escrita en prosa, en colaboración con Manuel Juan Diana. Once años después, en 1855, vuelve a estrenar y publicar dos obras: un drama histórico con el mismo tema que *Doña Blanca* titulado *Echarse en brazos de Dios*; y *La dama del rey*, zarzuela de tema vascongado con música de Arrieta.

Como poeta lírico, halló su inspiración sobre todo en temas religiosos y morales. Así lo indican los siguientes títulos: «A la Virgen del Perpetuo Socorro», «Oración para después de haber comulgado», «A Pío IX», «A Jesús crucificado», «Al Niño Jesús», «Las ermitas», «Meditación»; cabe destacar asimismo sus poemas «A Espronceda» y el «Himno a Calderón». Además, fatigó las prensas con su ensayo épico *Luchana*, donde canta el tercer asedio de Bilbao por los carlistas en la primera guerra y la liberación por las tropas de Espartero.

Entre sus obras menores se cuentan los folletos de propaganda política (*La España y Carlos VII*, «El hombre que se necesita»); las biografías (sobre San Alfonso María de Ligorio y Zumalacárregui, ésta bajo el pseudónimo de Thomas Wisdom); y las traducciones (*Agenor de Mauleón*, de Dumas, *García Moreno*, del P. Berthe).

Como periodista, colaboró en numerosos periódicos, de los cuales solo puedo enumerar los más importantes: *El Correo Nacional*, *El Arpa del Creyente*, el *Semanario Pintoresco Español*, *El Siglo Pintoresco*, *El Español*, *La España*, *El Padre Cobos* y, sobre todo, *El Pensamiento Español*.

Y no debemos olvidar los numerosos trabajos inéditos, bien acabados, bien como meros esbozos (que conservan sus bisnietos, los Sres. Sendín Pérez-Villamil, en un valioso archivo), entre los que destacan sus obras dramáticas *Un don Quijote al revés o Pródigo de sí mismo*, *Enamorar con peluca*, *Ser esposa y madre fiel o El medio entre dos extremos*, y su proyecto narrativo sobre la conquista de Navarra, titulado *Pedro Ramírez*, que puede dividirse en dos novelas distintas: *Doña Toda de Larrea o La madre de la Excelenta* y *El hijo del Fuerte o Los bandos de Navarra*².

En cuanto a sus tres novelas históricas, *Doña Blanca*, *Doña Urraca* y *Amaya* presentan las mismas características de toda la novela histórica romántica, que sigue la moda y el patrón establecido tras el éxito cosechado por

2. Vid. en este mismo volumen mi trabajo «Dos novelas históricas inéditas de Navarro Villoslada: *Doña Toda de Larrea* y *El hijo del Fuerte*».

Walter Scott con *Ivanhoe*, *El talismán* y las *Waverley Novels*, con el manejo de unas mismas estructuras y técnicas narrativas y similares recursos de intriga. Nos encontramos con un narrador sencillo, omnisciente, en tercera persona, que controla todos los hilos y resortes de la acción, que entabla conversación con su lector y que cuenta siguiendo, normalmente, el orden cronológico lineal. Muchas veces finge manejar crónicas diversas, o incluso limitarse a traducir una de ellas. Los personajes carecen de profundidad psicológica; son tipos, no evolucionan a lo largo de la obra, y están estilizados hacia el bien o hacia el mal: los buenos (doña Blanca, Amaya, García Jiménez), muy buenos, y los malos (Leonor, Ataúlfo, Pacomio), muy malos. Otros encarnan en su persona todas las virtudes cristianas (Inés). Es habitual el presentar a un personaje expósito que luego resulta ser noble (Jimeno, Ramiro). Navarro Villoslada, como sus colegas, echa mano de abundantes episodios dramáticos: el envenenamiento de doña Blanca, el incendio de Altamira, la carrera del caballo desbocado de Amaya hacia el precipicio...

Elige siempre momentos críticos de la historia de España, de guerras civiles, de luchas banderizas. Destaca por su afán de verosimilitud: tanto el fondo histórico como la reconstrucción arqueológica de la época novelada están perfectamente conseguidos, con un amplio manejo de documentación. Esa misma sensación de verdad buscaba para sus descripciones del paisaje (ya hemos visto que aprovechaba las notas tomadas en sus viajes, a Altamira y Goñi). Otras características de sus novelas históricas son el tono moralizante, la visión providencialista de la historia y el empleo del humor y la ironía. Como peculiaridades estilísticas, podrían mencionarse la presencia de arcaísmos lingüísticos, de referencias bíblicas y de refranes y frases hechas. Es notable la influencia cervantina (el *Quijote* —aparte del *Kempis*— era el libro de cabecera de Villoslada). En general, posee un estilo cuidado y elegante, con frecuencia ameno, aunque hoy, acostumbrados a otro tipo de literatura, sus extensos párrafos con largas y pesadas descripciones nos pueden resultar un tanto farragosos y anquilosados.

6. VALORACIÓN FINAL

Con estas páginas he tratado de mostrar quién fue Navarro Villoslada, resumiendo las líneas fundamentales de su vida, de su carácter y pensamiento, de su actividad política y de su producción literaria y periodística. Era un hombre que estaba olvidado, injustamente olvidado, y que debe ser colocado en el destacado puesto de importancia que, sin duda alguna, le corresponde ocupar por méritos propios en la historia —y no solo la literaria— del siglo XIX en España. Por eso, considero que el mejor homenaje que podemos rendirle —ahora, en el año de su Centenario, pero también después— es volver a acercarnos a su figura y leer o releer su obra. Ambas cosas, conocer su persona y gustar de sus escritos, merecen ciertamente la pena.